

## CAPITULO XXI

ENRTE SCILA Y CARIBDIS

LA fortuna nos sonríe, mi querido consejero, decía una mañana del mes de Diciembre   Eloin el archiduque Maximiliano frotándose con placer las manos, al concluir apenas el año de 64 se puede decir ya que nuestro imperio est  consolidado.

—S , Magestad, quitando, sin embargo, ciertas nubecillas.

—S  ó cuales nubes te refieres, pero esas desaparecerán. Por el momento tenemos á nuestro principal enemigo,   Juarez, huyendo fugitivo por Chihuahua con peligro de caer un día   otro en poder de los nuestros si no se apresura á pasar la frontera; tenemos á los principales generales republicanos como Uruga, Vidaurri, Quiroga, O'Hor n, Echeagaray y Caamaño bajo nuestras banderas, y   los demás como González Ortega, Huerta, Sanchez Ochoa, Ogaz n y muchos más, nulificados en el extranjero; est  reconociendo nuestro gobierno por las principales potencias de

Europa; contamos con el apoyo directo de la Francia, Austria y Bélgica; un día de estos llegar  Monseñor Meglia para que nos arreglemos con Roma; tenemos en el interior pacificados ya los departamentos principales desde Tamaulipas hasta Colima y desde Yucatán hasta Durango; nos aman nuestros súbditos con amor entrañable; principalmente el sexo hermoso nos distingue con sus bondades, de manera que hemos llegado, así lo quiero creer,   la meta de la misión que se nos confi  en el continente americano.

—S , Magestad, pero vuelvo   insistir en que hay dos nubecillas que no cesan de oscurecer nuestros horizontes.

—S , ya s : una es Bazaine con sus desalmados sultancillos que asolan el país y no cesan de manifestarnos su mala voluntad y su inobediencia....  cu al es la otra?

—La otra es el gobierno del Norte de los Estados Unidos que no ha querido reconocernos ni deja un día de no insistir con Napoleón para que se lleve sus tropas. No hago por ahora mérito de la tercer nubecilla que es la del clero, porque esa la podemos desbaratar   la hora que queramos.

—En cuanto   Bazaine, mi querido Eloin, lo podremos reducir   la nada luego que concluya de servirnos. Una vez organizado nuestro ejército con austriacos, belgas y mexicanos que nos sean adictos, podremos dar las gracias á los franceses y despedirlos para siempre de nuestro territorio. En cuanto al fantasma de los Estados Unidos que tanto te asusta, no pasar  de las notas diplomáticas más ó menos

groseras, una vez que su terrible guerra, si consigue establecer la paz, lo dejará impotente.

—Abundo en la opinión de V. M. y por eso á tales dificultades, que podrían ser enormes en otras circunstancias, las llamo solamente nubecillas.

—¿Qué otra cosa se opone á nuestro tranquilo reinado?

—La falta de fondos, Magestad.

—Eso me tiene sin cuidado mientras dispongamos del tesoro francés y mientras Napoleón, como interesado, esté dispuesto á mandarnos á sus mejores economistas para que nos saquen del atolladero. Hasta ahora hemos estado haciendo nuestros gastos casi con desahogo y los seguiremos haciendo mejor tan luego como los negocios se establezcan y dispongamos del producto de nuestras aduanas.

—El Ministro de Hacienda, señor, me ha significado que debo empeñarme con V. M. en que se establezcan todas las economías posibles.

—¿Y qué le has dicho en contestacion?

—Que nunca me atrevería á aconsejar á V. M. que disminuyera ni en un átomo el lustre de la corte.

—Hiciste bien. Si no alcanza el dinero, pediremos prestado; pero en un pais tan rico no vendremos nosotros á hacer el papel de pobres. Todos los soberanos de Europa se reirán á carcajadas de nosotros. ¿No eres tú de mi opinión, mi querido Eloin?

—Ese es mi proyecto, Magestad. En caso de apuro yo me comprometo á ir á Lóndres y á Paris á negociar un empréstito de cien millones si es necesario. Mientras yo viva no faltarán fondos en el tesoro de esta monarquía.

—Y haremos poco caso á Bazaine que habla sin cansarse de nuestras prodigalidades.

—Bazaine, señor, fué un simple soldado raso, no supo antes lo que eran ni las exigencias ni el gusto y todo se le hace muchísimo dinero.

—Lo único que á mí me aflige entre tantas pequeñas contrariedades que me cercan, es la Emperatriz.

—¿La Emperatriz?

—Sí, figúrate que ha dado en estar celosa de todas las damas mexicanas. Le ha disgustado sobremanera que me haya mandado proporcionar las fotografías de las más hermosas y entonces me ha hecho mandar traer también las de los caballeros.

—S. M. la Emperatriz, señor, es demasiado sensible, y me ha dicho algunas veces que observa en las jóvenes ciertas coqueterías que la molestan.

—Eso, eso: que cree que cuantas vienen á nuestras fiestas de Palacio me enamoran obligándome á estar con ellas demasiado galante.

—Pero es que hay algunas... muy tentadoras.

—Que están impresionadas con las novedades que les ofrece la corte.

—No: que están impresionadas con V. M.

—¡Ah! ¿también tú, mi querido Eloin?

—Eso se ve, señor: S. M. la Emperatriz tiene mucha razón, muchísima razón de sentirse celosa.

—Hasta ahora no le he dado un motivo sério...

—Quizás V. M. no; pero ellas...

—Ellas me tratan con mucho respeto.

—Y también con ardiente veneración: tienen por lo general unas miradas...

—Vivas y penetrantes, es cierto; pero es necesario

fijarse en que todas miran lo mismo. Es su costumbre.

—Y tienen un fuego. . . . Hablan poco, pero ven mucho.

—Sí, son insinuantes, no lo niego, lo cual suele hacerme ser huraño cuando está presente la Emperatriz.

—Es que se habla ya de ciertas preferencias de V. M.

—En todas las cortes pasa lo mismo: hay hablillas, hay chismes, hay murmuraciones . . . ¿y quienes son, según esos dícere, las preferidas?

—No me atreveré á pronunciar los nombres delante de V. M., y más cuando no estoy seguro de conocerlas: se designa entre ellas á una jóven casada cuyo marido se encuentra ausente en servicio de V. M. y se dice de otra que ha despedido á todos sus pretendientes, alguno de los cuales estaba ya arreglado con la familia de la jóven para pedirla en matrimonio.

Maximiliano se sonrió lleno de amor propio y contestó con lijereza:

—Conozco tambien algo esas historias que me ha transmitido con todos sus puntos y comas uno de mis amigos, y la verdad es que con ninguna de las dos que me atribuyen se ha llegado á formalizar la aventura. Quien sabe más adelante, mi querido Eloin, también los príncipes somos de carne y hueso. . . .

—Lo importante es desviar en todo caso á la Emperatriz.

—De eso precisamente te encargarás tú acompañado de la amiga de quien hice referencia, que es la duquesa. . . .

—Ya lo sé, Magestad, no hay necesidad de pro-

nunciar su nombre, que pudiera haber oídos indiscretos. . . .

—Ahora vamos á hablar de cosas más serias. La Emperatriz habló ya con Monseñor Meglia. . .

—Sí, Magestad, es otro de los puntos negros que tenemos en el horizonte.

—Pero eso no me preocupa mucho, porque tengo la más firme resolución de meter en cintura á todos los clérigos revoltosos. Si accedo á buscar un acomodo es con el deseo de no encontrarlo.

—Ese es mi parecer. A mí me detestan y me desprestigian diciendo que soy un hereje y que soy el que influye contra ellos en el ánimo de V. M. Sin embargo, saben muy bien que tenemos estrechas ligas con Napoleón, que aquel emperador, tanto en las instrucciones que ha dado á sus jefes militares como en las notas que á nosotros nos dirige, insiste mucho en que permanezcan en pié las leyes de Reforma y ellos mismos no pudieron esperar otra cosa desde que han estado metidos en todas las intrigas y conocen la política del gobierno que han ido á buscar y se han impuesto.

—Monseñor Meglia, como te iba diciendo, se negó á todo en su conferencia con la Emperatriz, insiste en sostener que no tiene instrucciones de Roma, como si un plenipotenciario pudiera presentarse sin tenerlas muy amplias para plegarse á las exigencias invencibles y ha terminado lanzando una amenaza embozada.

—¿Una amenaza?

—Sí, dice que llegará al escándalo: que si no cede-

mos en el quinto de los bienes de la Iglesia nos lanzará una excomunión.

Eloin prorrumpió en una sonora careajada.

—Perdóneme V. M. que me haya reído con tantas ganas, pero no he podido contener la risa. ¿Acaso no sabe el Santo Padre que los Hapsburgos tienen el hábito de ver con desdén sus censuras y anatemas?

—Pero el escándalo, el escándalo es el terrible.

—¿Y qué? Lanza el Nuncio su excomunión, se le pone preso ó sencillamente se le embarca en Veracruz, y este país que ha sido republicano y liberal, se quedará tan tranquilo como antes. . . . ¿Acaso no echaron de aquí á todos los obispos y no fueron apedreados por el pueblo en Veracruz? Pues sería también chistoso que le devolviéramos al Padre Santo á su Nuncio lapidado.

—Bueno: yo tengo que recibir á varias personas y entre otras á Bazaine, que quieren estar al corriente de todo ese embrollo eclesiástico. Tú vas á ocuparte como jefe de mi gabinete particular, en redactar las notas para los ministros y para el representante de Roma.

—Muy bien. Después comunicaré á V. M. una idea.

—Dime tu idea si es buena.

—Pienso que cuanto antes hagamos á un lado al Nuncio y mandemos á Roma una comisión nuestra en la cual escojereamos algún eclesiástico, puede que logremos cojer hasta un obispo, cuya comisión contrariará allá los trabajos de Labastida y llevará una especie de *ultimatum* al Papa con aprobación de Napoleón III.

—Dame la mano. Eres el Fénix de los consejeros.

—¿La aprueba V. M?

—Con toda mi alma. Inmediatamente se me ha venido á la imaginación toda la trascendencia de tu proyecto.

Se separaron nuestros dos altos personajes. Maximiliano se dirigió á su despacho para hablar con algunas de las personas que ya lo esperaban y Eloin se fué al suyo para ordenar á las gentes de su dependencia que redactaran las notas que iban á necesitarse.

Ahora tenemos que hacer un suscinto relato del ruidoso asunto eclesiástico de aquellos dias que tanto conmovió á los adjudicatarios y á la sociedad imperialista.

Una de las condiciones que había impuesto Napoleón III para dar su apoyo á Maximiliano, era que se habían de dejar subsistentes las leyes de Reforma. En esto no pararon mientes los archiduques porque lo consideraron como la cosa mas sencilla del mundo, una vez que la religión no necesitaba de casas ni de haciendas para radicar en los corazones y en las conciencias; pero como los clericales y los conservadores mexicanos enemigos de Juarez y sus leyes eran los imperialistas, desde luego empezaron á notar las dificultades que estos oponían á su gobierno, mientras no los complacieran volviendo á la iglesia los bienes que habían sido desamortizados. Los archiduques veían que esto era imposible, tanto porque ya la desamortización había creado nuevos intereses principalmente entre los extranjeros que en gran número eran adjudicatarios, como porque sobre esa ba-

se se había fundado el imperio y además tenían la convicción los archiduques de que era un mal gravísimo que el clero, de por sí revoltoso é inquieto, tuviera intereses: de aquí el embrollo que vamos á tratar de referir en pocas líneas.

Maximiliano opinaba que en los pocos días de su permanencia en Roma, Pio IX le había ofrecido ayudarle en cuanto pudiera para su mejor gobierno y enviarle un representante con poderes omnímodos para allanar las dificultades que se le presentaran con el clero. Después de varias instancias y comunicaciones el Papa envió el obispo *in partibus* de Damaseo, Señor Meglia con el título de Nuncio á México á donde llegó el 7 de Diciembre de 1864, quien fué muy agasajado tanto por el clero como por las autoridades imperialistas. Pasadas las fiestas, Maximiliano regaló á Meglia cinco mil pesos para ablandarle y lo convidó á comer: entonces el Nuncio presentó una carta del Papa muy larga en la que Su Santidad decía despues de mil retruécanos que no podía haber transacción: que se devolvían los bienes á la iglesia ó terminaban las relaciones. Maximiliano no se dió por vencido y mandó un escrito que le hizo Eloin conteniendo nueve puntos de transacción al Nuncio, de los cuales el 1º establecía la tolerancia de cultos.

Meglia contestó que no tenía facultades para discutir todas esas cuestiones que eran peliagudas. En seguida Lares, Ramirez, todos los ministros vieron al Nuncio para tratar de ganárselo, hasta que por último se echó mano de las seducciones de la archiduquesa; pero también Carlota fracasó en sus propósitos.

Se lo echó en cara al nuncio que estuviera tan re-nuente á entrar en arreglos, cuando el Papa había ofrecido de viva voz á Maximiliano que le allanaría de la mejor voluntad aquellas dificultades. El Nuncio contestó que Maximiliano era un embustero, que el Pontífice nada le había ofrecido en Roma ni había hablado de bienes eclesiásticos.

¡Reventó la bomba! Salieron luego las notas que había estado meditando Eloin para los ministros, firmadas por Maximiliano: en una decía á Velázquez de León que propusiera medidas eficaces y prontas para desenlazar la situación, bajo la base de la tolerancia; en otra dirigida á Escudero establecía la revisión y pase de los documentos pontificios y en las demás se daban instrucciones para no dejar sin respuesta las groserías y amenazas de que ya había echado mano el Nuncio usando en lenguaje descomedido y violento.

Las protestas del arzobispo y obispos vinieron pronto á dar mayor fuerza á las del Nuncio, y como los ministros conservadores también se alarmaron y todo el partido clerical estaba sobre ascuas, Maximiliano se asustó y fué á ver á Carlota.

—¿Que dices, retrocedemos? le preguntó.

—No, contestó la emperatriz con entereza.

—Me dicen los ministros que por de pronto reconozca á la religión católica como la dominante, sin exclusión de otras.

—Pues hazlo; pero tales vacilaciones nos perderán.

—Ya verás como se conforman con eso poco que nada nos cuesta.

Salió Maximiliano y fué á dorar la píldora, ofre-

ciendo que solo subsistirían las operaciones de desamortización en que no hubiera fraude y que la religión del Estado sería la católica.

Bazaine se le presentó luego con unas notas de Napoleón que tenía reservadas.

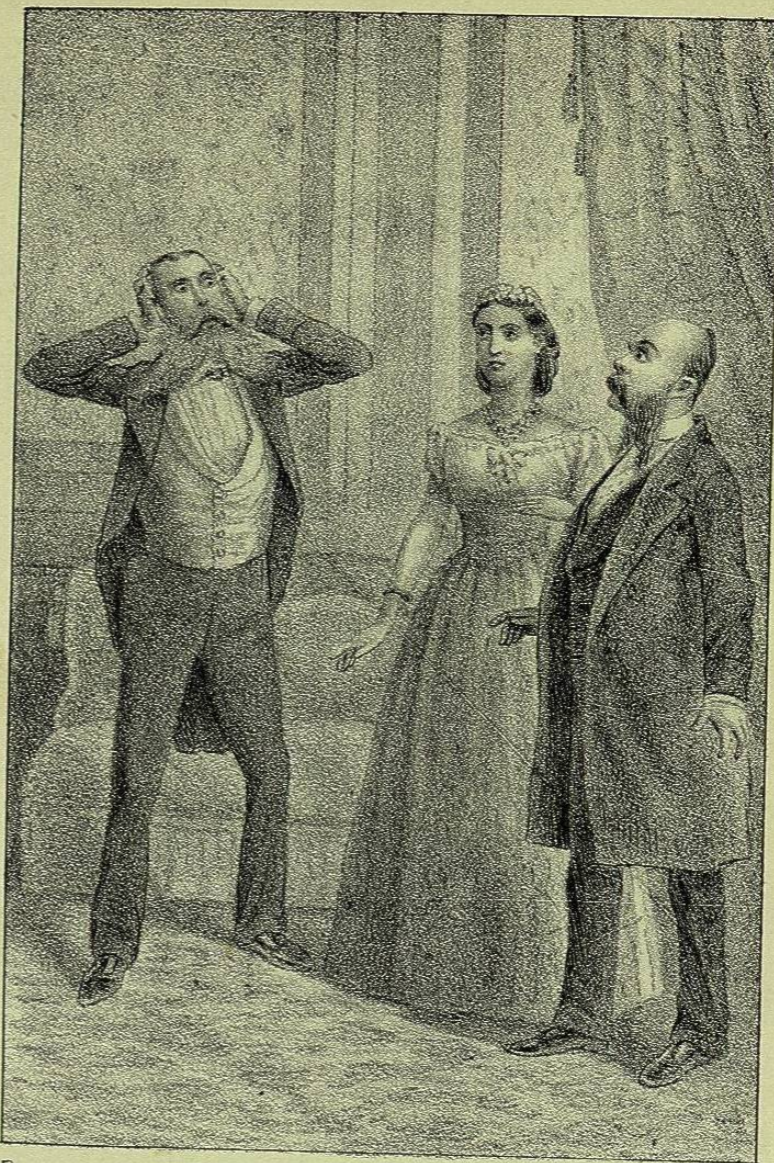
—Que hace V. M! le dijo, el Emperador Napoleón exige que continúen en toda su fuerza las leyes de Juárez. Aquí traigo estas notas que son bien terminantes.

Maximiliano les pasó la vista y vió que en efecto Napoleón III no quería nada de términos medios ni de transacciones. Leyes de Juárez de cabo á rabo.

Ya casi loco reunió á Eloin y á la Emperatriz en su alcoba y mesándose los cabellos, les dijo lo que le pasaba.

Eloin y Carlota se dirigieron una mirada espresiva y se sonrieron. Maximiliano continuó diciendo fuera de sí:

—Por un lado el Papa que me apremia, por el otro Napoleón que me aplasta: ¡estoy, pues, entre, Scila y Caribdis!



*Por un lado el Papa que me oprime, por el otro Napoleón que me aplasta, ¡estoy pues entre Scila y Caribdis!*